

n antial sagrado, que brotó de las hendiduras de una roca para templar la sed del dios Vichenú, cuando, desterrado de los cielos, venía á cazar en las faldas del Jabwi durante la noche. A datar de aquella época remota, un Bracmín vela constantemente en el fondo de la gruta, dirigiendo sus oraciones al dios para que conserve las maravillosas virtudes en que, según una venerable tradición, abundan las sagradas linfas...

El último de estos sacerdotes, que, encendidos en amor por la divinidad, han consagrado sus días á venerarla en contemplación de sus obras, es un anciano, cuyo origen envuelve un misterio profundo: nadie sabe la época en que llegó á Kattak para guarecerse en la gruta de Vichenú.

Rajás venerables, sobre cuya cabeza han lucido más de cuarenta mil soles, aseguran que, en su juventud, el Bracmín del torrente tenía ya los cabellos blancos y la frente inclinada. El pueblo le mira con temor y respeto cuando por casualidad baja á la llanura. Dicen que las serpientes danzan á su voz, que los condores le traen su alimento, y que el genio de aquellas aguas, á quien debe la inmortalidad, le revela los arcanos futuros. Otros aseguran que el mismo no es otra cosa que el Espíritu bajo las formas de un Bracmín.

¿Quién es? ¿De dónde vino y qué hace? Se ignora; pero los que se sienten con el valor necesario para llegar hasta la gruta en que habita, suben á ella para pedirle un remedio contra los males desesperados; una revelación para conocer el término de las empresas arriesgadas; una penitencia suficiente á lavar un crimen que ni la sangre borraría. Uno de éstos es Pulo, porque á la gruta del torrente se dirige. Conociendo que las leves expiaciones que los aduladores Bracones de Kattak le impusieran no bastaban á desterrar sus remordimientos, sube á consultar al solitario del Jabwi, solo y de incógnito, para que la pompa real no turbe el espíritu y selle los labios del profeta.

Pulo, el príncipe cazador, llega, á través de las zarzas que rodean como un festón los bordes del torrente, hasta la entrada de la gruta. Allí ve una ancha vasija de cobre, suspendida de las ramas de una palmera para que el viajero apague su sed. El caudillo toca por tres veces con el mango de su yathagan, y el cobre restalla, produciendo un sonido metálico y misterioso, que se pierde vibrando con el rumor de las olas. Un momento trascurre, y el solitario aparece.

—Elegido del Grande Espíritu,—exclama, al verle, el caudillo, inclinando la frente;—que el enojo de Shiwen no se amontone sobre tu cabeza, como las brumas en las cimas de los montes.

—Hijo de mortales,—replica el anciano, sin responder á su salutación;—¿qué me quieres?

—Consultarte.

—Habla.

—Yo he cometido un crimen, un crimen horroroso, cuyo recuerdo abrumba mi alma como una pesadilla eterna. En vano consulté á los adivinos de Bracma; las penitencias que me impusieron han sido inútiles; el remordimiento vive aún en mi corazón; el fantasma de la víctima me sigue á todas partes; se ha hecho la sombra de mi cuerpo, el rumor de mis pasos. Tú, á quien los dioses se dignan visitar; tú, que lees el porvenir en los astros y en las arenas que arrastran los ríos; dime: ¿cuándo quedará lavada mi alma de este crimen?

—Cuando la sangre que mancha tus manos, que en balde me ocultas, haya desaparecido,—exclama el terrible Bracmín, lanzando una mirada de indignación al príncipe, que permanece aterrado ante aquella prueba de la sabiduría del solitario.

—¿Me conoces?—prorrumpió Pulo, al fin, saliendo de su estupor.

—No te conozco, pero sé quién eres.

—¿Quién soy?

—El matador de Tippot-Dheli.

El príncipe inclina la cabeza á estas palabras, como herido de un rayo, y el Bracmín prosigue de este modo.

—En la pasada noche, cuando el sueño había descendido sobre los párpados de los mortales, yo velaba. Un sordo rumor se elevó por grados del fondo del agua sagrada, rumor confuso, como el hervidero de cien legiones de abejas; una manga de aire frío y silencioso vino de la parte de Oriente, rizó las ondas y tocó con la punta de sus húmedas alas mi frente. A su contacto, mis nervios saltaron y se heló el tuétano de mis huesos; aquel soplo era el aliento de Vichenú. Poco después sentí su diestra, tan pesada como un mundo, descansar sobre mi hombro, en tanto que me contaba al oído tu historia.

—Ahora bien: pues conoces mi delito, dime la manera de expiarlo y hacer que desaparezcan de mis manos estas terribles manchas.

El Bracmín permanece en silencio, y el príncipe prosigue:

—¡Qué! ¿Mi sangre toda no podrá borrar esta sangre?

—Lo ignoro: es muy corta tu vida para expiar ese delito, y Shiwen está airado, porque has hecho uso de tus facultades para la destrucción, obra que á él solo está encomendada.

—Pues bien; si tú lo ignoras, consultemos á Viche-

nú; él me protegerá contra su hermano. Penetremos en la gruta sagrada.

—¿Has ayunado las tres lunas?

—Sí.

—¿Has huído del lecho nupcial por siete noches?

—Sí.

—¿Has dejado de cazar durante nueve días?

—También.

—Entonces, sígueme.

Algunos momentos después de este corto diálogo, sus interlocutores se hallaban en el fondo de la misteriosa gruta.

Lo que pasó en aquel recinto se ignora. La tradición guarda una idea confusa, y el príncipe, por quien esto se supo, habla vagamente de serpientes monstruosas y aladas que se precipitaron

hiente Tippot cayó á tus plantas. Si en el discurso de tu peregrinación no conoces á tu esposa Siannah, que deberá acompañarte, la sangre desaparecerá de tus manos.

¿Quién es ese peregrino que se apoya en un grosero cayado de abedul, y que en la sola compañía de una mujer hermosa, pero humildemente ataviada, sale por una de las puertas del Kattak, al mismo tiempo



Fauna de la India

que la Luna se desvanece ante los rayos del astro del día? Él, él; Pulo-Dheli, magnífico rey de Osiria, señor de señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos.

Los peregrinos tocan al término de su viaje; ya han dejado á sus espaldas las fértiles é inmensas llanuras de Nepoul; ya han visto á Benarés, célebre por sus alcázares, cuyos cimientos besa el sagrado río que divide al Indostán del imperio de los Birmanes. Como las creaciones de una visión celeste, han cruzado ante sus ojos Palná, famosa por sus templos, sus mujeres y sus tapicerías; Dakká, la ciudad que tejió un velo para el santuario de los dioses con las trenzas de ébano de sus vírgenes; Goalior, escudo del reino de Sindiak, cuyos muros detienen á las nubes en su vuelo.

También han gustado el reposo á la sombra de los inmensos plátanos de Dheli, concha que guarda á la perla de los reyes, presentando una ofrenda de miel y flores al genio protector de Allad-abad, ciudad que debe su nombre á las caravanas de peregrinos que de todos los puntos de la India acuden á sus templos, más

en las ondas del torrente, para aparecer de nuevo en forma de animales desconocidos y fantásticos; de conjuros tan terribles, que á veces se cubría de manchas el Sol, y los montes se estremecían como cañas; de lamentos y aullidos tan espantosos, que la sangre se helaba al escucharlos.

Las palabras del dios se guardan, y son éstas:

—Asesino marcado por Shiwen con un sello de eterna infamia; sólo existe una penitencia con que puedes expiar tu crimen; sube por las orillas del Ganges, á través de los pueblos feroces que habitan sus riberas, hasta encontrar sus fuentes. El remoto país del Tibet, á quien defiende como un gigante muro la cordillera del Himalaya, es el término de tu viaje.

Cuando llegues á él, lava tus manos en el más escondido de los manantiales, y á la hora en que el va-

numerosos que las hojas de los bosques y las arenas del Oceano.

Cuarenta lunas han nacido después que abandonaron su alcázar; pero ¿quién podrá enumerar los países que han cruzado, los bosques que les han prestado su sombra, los ríos que han apagado su sed? El Kian-gar, conocido por el de las aguas rojas; el Espuri, cuya mansa corriente arrastra oro bastante á construir con él un alcázar soberbio; los Senwads, bosques sombríos, donde el boa se desliza con el rumor de la lluvia; Lahore, la madre de los guerreros; Cachemira, la virgen de los siete schales de amianto, y cien y cien otros países, ciudades, bosques, torrentes, ríos, y montañas, que hasta llegar á las cordilleras del Himalaya se extienden sobre las inmensas llanuras de la India.

La noche es oscura; el viento muge y silba, sacudiendo las gigantes ramas del boa-bad de las selvas; los genios blanden sus cárdenas espadas de fuego sobre las nubes, en que se les ve pasar cabalgando; el trueno retumba, dilatándose de eco en eco en los abismos de las cordilleras; la lluvia azota el penacho de las palmas; y confundiendo con los sordos mugidos de la tormenta, el prolongado lamento del vendabal y el temeroso murmullo de las hojas del bosque, se escucha por intervalos un rugido lejano, ronco y estridente, que parece formarse en la cavidad de un pecho de bronce.

Un Bracmín, al atravesar en tal noche y á tal hora aquella selva, no hubiera podido menos de dirigir sus plegarias al dios destructor, cuyo triunfo parecía acercarse, equivocando aquellos quejidos de la naturaleza con las profecías de los blancos fantasmas de sus antepasados, que rompían el secreto del sepulcro para enseñarle el camino de la muerte.

De cuantos guerreros se rodean el schal amarillo á la cintura en las fiestas, y á la frente en el combate, sólo el caudillo de Osiria tendría el valor necesario para arriesgarse en sus agrestes y enmarañados senderos con una noche tan terrible.

Pulo se adelanta con el arco tendido, la flecha pronta y el puñal entre los dientes. Siannah le sigue, pálida la color, el cabello erizado y el paso temeroso.

—¿Oyes,—dice al príncipe,—oyes esa voz que resuena en la espesura?

—Es el viento, que azota los palmares,—responde el caudillo, lanzando, á pesar suyo, una mirada escuardinadora á través de los añosísimos troncos de aloes que bordan las lindes del sendero.

Los esposos prosiguen caminando, y la tempestad haciéndose cada vez más terrible.

—¿Oyes ese rumor que se eleva por grados á nuestra espalda?—interrumpe de nuevo la hermosa.

—Es la lluvia, que agita las lianas,—añade el príncipe, armando la flecha y cubriendo á Siannah con su cuerpo.

—¿Oyes?—vuelve ésta á interrumpir,—alguien respira alrededor nuestro.

—Échate en tierra,—grita Pulo de repente;—el tigre va á saltar sobre nosotros.

Dos llamas fosfóricas brillan en la oscuridad.

La flecha del príncipe parte.

Á su áspero silbar responde un rugido ahogado y profundo; el tigre salta; Pulo arroja el arco, se cubre con el escudo de pieles, dobla una rodilla, esconde el rostro, y lo espera con el puñal en la diestra. Siannah está desmayada y oculta con el manto del guerrero, á cuyos pies yace.

La lucha se trava.

Pulo hunde una y cien veces su puñal en el pecho y en el vientre del tigre, que en su agonía pugna aún por lanzarse sobre su adversario. Éste, cubierto con el escudo, ha podido evitar su ataque, merced á esa ligereza y sangre fría, patrimonio de los hombres avezados á los peligros y á la muerte...

Pero ya la temible fiera ha lanzado el último y ronco estertor, revolcándose entre el polvo y la sangre que brota de sus heridas, cuando el príncipe levanta los ojos al cielo, sorprendido por un extraño fenómeno.

La lluvia ha cesado; el huracán y el trueno han enmudecido; al brillante y súbito resplandor de los relámpagos sucede una claridad tenue y azulada, una luz indecisa, semejante al primer albor de un día sin sol y sin aurora. Las aves, que se habían guarecido de la tempestad bajo los pabellones de verdura de la selva, llenas de gozo á su vista, quieren alzar el vuelo y entonar su canto; pero la voz se ahoga en su garganta, y caen á tierra, heridas de muerte por una mano invisible.

Los gigantes árboles se agitan, y, retorciéndose como á impulsos de una horrorosa convulsión, comienzan á alfombrar el suelo con las pálidas hojas que se desprenden de sus ramas, como se desprenden los cabellos de la cabeza de un anciano. Las verdes lianas, que se mecieran al sople del viento, suspendidas en el tronco de los antiguos reyes del bosque, pierden el color y la frescura, arrugándose sus tersas flores, como un pergamino que se acerca al fuego. Diríase, al contemplar este asombroso espectáculo, que un tósigo mortal, circulando en el aire, ó levantándose en imperceptibles efluvios de las entrañas de la tierra, había envenenado la atmósfera, y con ella al mundo.



Caza de las pollas de los junglares (*gallus ferrugineus*)

El caudillo, lleno de estupor, vuelve en torno suyo la mirada; por todas partes le persiguen aquellas imágenes desoladoras; pero lo que más asombro le causa es ver el sangriento cadáver del tigre estremecerse, y poco á poco, perdiendo sus primitivas formas, ir tomando, merced á una inconcebible transformación, las de una serpiente.

—Ya no me queda ningún género de duda,—exclama;—Schiwen desea mi muerte; reconozco en ese reptil al ministro de su cólera. ¡Oh! ¡Que no fuera yo un dios para luchar con los dioses!... Mas no importa; mortal miserable como soy, venderé cara mi vida.

El temible reptil crece con una rapidez prodigiosa: su longitud es ya treinta veces mayor que la del boa secular, que se despierta de dos en dos lunas sobre las márgenes del Sitpuri. Sus ojos redondos, fijos y fascinadores, están clavados en los del caudillo; éste, presa de un vértigo, y con ese arrojo sin límites que presta la desesperación en sus momentos supremos, arroja lejos de sí el tresdoblado escudo, inútil para aquel combate, y desnuda por segunda vez su puñal.

La gigantesca serpiente comienza á replegarse sobre sí misma, lanzando un silbo áspero y agudo; el príncipe, sin aguardar á que le acometa, se arroja á su cuello,